

EL DUELO GRAU-MARTIN

NUESTRA política suele ser fértil en sorpresas, no pocas veces extravagantes. Las graves imputaciones que han sido formuladas en la Cámara sobre voluminosas anormalidades de la administración anterior, han provocado el ilógico resultado de que, el doctor Grau envíe sus padrinos a uno de los legisladores denunciados, el señor Félix Martín.

El duelo no es, sin embargo, el camino para diafanizar el turbio ambiente de un despilfarro irregular, único rastro de los millones huidos. El duelo entre caballeros, el juicio de Dios, la ordalía medioeval, en los que el triunfo otorgaba la justificación, son hoy vagas reminiscencias pintorescas de un remoto pasado. Nuestros tiempos brindan un medio menos dramático, pero harto más sencillo y práctico, para hacer enmudecer a la maledicencia: los libros de contabilidad.

Un gobernante es un mandatario de la Nación. Cuando termina su mandato, como cualquier apoderado, está obligado a rendir cuentas. ¿Qué se oíría de quien, en lugar de los balances, enviase a su poderdante los padrinos? Tal es el caso que hoy contempla nuestra actualidad política.

Por otra parte, es tiempo de que colguemos en panoplias y armeros las espadas y las pistolas de los duelistas, como se ha hecho en todas partes. El duelo no sólo es cosa anacrónica, sino que su descrédito es inevitable porque ha caído en el mayor de los ridículos.

Es ya una pantomima, en la que los padrinos de ambos contrincantes, van al "terreno" guiñándose los ojos. Y de otra suerte no irían, porque un hombre serio, responsable y civilizado, no acepta la responsabilidad de llevar a dos hombres a la muerte para "dirimir una cuestión de honor".

Ha quedado reducido (en donde aún se realiza arrojando la risa general) a un incidente diversivo, espectacular y grotesco para distraer al público del fondo del asunto, que es lo que le interesa a la opinión.

¿Qué puede afectar a ésta que dos contendientes con espadas sin filo y desinfectadas a todo evento, se hagan un rasguño? ¿Es que el honor de los combatientes quedaría a salvo por eso? El duelo, ni da ni quita honor. En todo caso hace dudar de la seriedad y el seso de los que acuden a esas mogigangas. Por ello, en los pasados duelos entre caballeros, no se aceptaban éstos si alguno de los reclamantes tenía alguna deuda económica que dilucidar.

Ni aún la antigua caballería andante admitía cuestiones de honor entre cuentas confusas. Seguramente porque la lógica, que es ya vieja en el mundo, no admitía en tales casos que el honor se defendiera entrematándose. Lo único que en ellos salva el honor, es la cuenta diáfana. Cámbiese por eso la espada por el libro de contabilidad.

M, dic 16/48

